



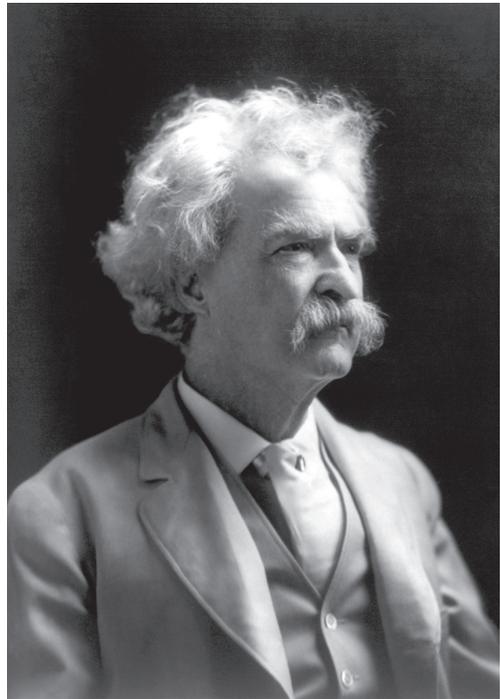
# Mark Twain (1835-1910)

*Mark Twain (1835-1910)*

## ■ Nota de la Redacción

■ El río Missouri nace en las Montañas Rocosas, atraviesa Dakota del Norte y Dakota del Sur, sirve de frontera entre ésta y Nebraska, así como entre Nebraska, Iowa y Missouri; y, tras marcar los límites entre Kansas y Missouri, cruza este Estado del centro de los EEUU antes de desembocar, al sur de San Luis, en el Mississippi. En las orillas de uno de sus afluentes, el Salt River, se halla la aldea de Florida en la que se estableció el matrimonio formado por John Marshall Clemens, comerciante, y Jane Lampton Clemens, sus labores. Se habían casado en 1824 en Tennessee y esperaban mejorar su situación en Missouri. Tuvieron siete hijos, de los que sólo tres superaron la infancia; al sexto, nacido el último día de noviembre de 1835, le bautizaron con el nombre de Samuel Langhorn que, con el tiempo y otro nombre, llegará a ocupar un capítulo en la Historia de la Literatura.

A pesar de los trabajos hechos en su dragado, el Salt River nunca llegó a ser navegable, Florida no prosperó y John se vio obligado a emigrar en 1839 con su familia a la próxima ciudad de Hannibal, a orillas del Mississippi. El niño



Retrato de Mark Twain (c. 1909) tomado por A. F. Bradley (cortesía de Wikimedia Commons).

Samuel, observación, imaginación y talento, acudió a la escuela local, vio desde cerca la esclavitud de los negros y exploró a conciencia las orillas del gran río; y, sobre todo, las cuevas que entonces había en sus alrededores. En su momento, lo que vio, imaginó y guardó en la mente, brotará de su pluma.

Su padre murió a los 48, en 1847, antes de que Samuel cumpliera los doce años, lo que para éste significó el fin de la escuela y el comienzo del trabajo. Al principio, como aprendiz en una imprenta, antes de ganarse el sustento ya como tipógrafo a partir de los 16. Parece ser que entonces escribió algún relato en el *Hannibal Journal*, diario en el que trabajaba su hermano Orion, diez años mayor. Poco después de cumplir los 18 fue a Nueva York, donde ejerció su oficio y leyó todo lo que pudo en bibliotecas públicas. Autodidacta, adquirió así el grueso de su cultura, confirmando la idea de que ésta suele ser labor de juventud y fruto de una necesidad vital del individuo. De Nueva York fue a Cincinnati, Filadelfia y San Luis, ganándose la vida entre planchas, prensas y bobinas de papel. Tenía 22 cuando volvía a Hannibal y viajaba en un vapor por el Mississippi hasta Nueva Orleans.

Ese viaje fue iniciático para el futuro escritor. Observó la decisiva actuación del práctico que, conocedor de los obstáculos y las cambiantes profundidades del río, dirigía el rumbo que debía seguir el vapor para no encallar al navegar y en su aproximación a los cientos de puertos que jalonaban sus orillas. Samuel palpó el respeto con el que el capitán trataba al piloto y decidió en ese momento cuál iba a ser su profesión: durante dos años largos estudió los tres mil kilómetros navegables que ese gran río recorre de Norte a Sur desde su nacimiento en Minnesota hasta su desembocadura en Nueva Orleans, en el golfo de Méjico. Además, convenció a su hermano Henry, tres años menor, para que hiciera lo mismo. Obtuvo su licencia en 1859, lo que significaba el notable sueldo de 250 dólares al mes (hoy equivalentes a unos 70.000 \$ anuales). Sin embargo, nunca olvidaría que el año anterior había pasado por el amargo trago de ver morir a Henry en la explosión del vapor *Pensylvannia*. No se perdonó haber sido él quien le había atraído a la muerte, y más cuando meses antes había «visto» en sueños la explosión del barco. Nació entonces su afición por lo onírico y la parapsicología.

La Guerra Civil Americana estallaba en 1861 y la navegación civil quedó cortada en el Mississippi. Por entonces, California, Nevada, Utah, Nuevo México, Texas y gran parte de los territorios de Arizona, Wyoming, Kansas y Oklahoma ya pertenecían a EEUU, comprados a México por quince millones de dólares en el tratado de Guadalupe-Hidalgo, firmado en 1848.

Samuel se dirigió con su hermano Orion a Nevada, donde viajó en diligencia por las grandes praderas del Oeste, visitó el Gran Cañón del Colorado, asistió al genocidio indio y conoció la comunidad mormona de Salt Lake City, antes de recalar como minero en una explotación de plata en Virginia City (Nevada). Trabajó allí menos de un año, y en 1862 se contrató como periodista en el *Territorial Enterprise*, diario de esa ciudad. Fue en esas páginas donde firmó su primer artículo humorístico

(*Letters from Carson-re*) con el pseudónimo por el que fue famoso: Mark Twain. Se ha asumido que lo tomó de la exclamación que gritaban los marineros de los vapores del Mississippi al largar la sonda para medir periódicamente la profundidad durante la navegación, considerando que la mínima necesaria para que el buque no encallara era de doce pies o dos «fathom»<sup>1</sup>, y que «twain» era un término primitivo equivalente a «two». En consecuencia, «mark twain!» significaba que la sonda marcaba una profundidad de unos 3,64 metros. (No obstante, el propio Twain escribió en su *Vida en el Mississippi* [1883] que había tomado su pseudónimo de la firma que utilizaba el capitán Isaiah Sellers en sus notas breves sobre la navegación en ese río y que publicaba periódicamente en *The New Orleans Picayune*).

Por entonces se inició en la masonería en San Luis, lo que compatibilizó con su pertenencia a la iglesia presbiteriana.

Mark Twain viajó a California en 1864 como periodista de *The Morning Call*, de San Francisco, ciudad donde conoció a la poetisa Ina Collbrith, con la que siempre tuvo una relación afectuosa, y a los escritores Bret Hart y Artemus Ward. Y al año siguiente enviaba al semanario *The Saturday Press*, de Nueva York, un relato de seis páginas que tituló *Jim Smiley y su rana saltarina* (hoy más conocido como *La celebrada rana saltarina del Condado de las Calaveras*). La publicación en noviembre de 1865 de este cuento sencillo y sorprendente, en el que una rana capaz de dar los saltos más prodigiosos hacía perder una apuesta a su engañado dueño al quedarse inmóvil tras deglutir en contra de su voluntad un buen puñado de perdigones, significó su descubrimiento para el gran público. Tanto fue así que el diario *The Sacramento Union* le contrató en 1866 y le envió como corresponsal a las islas Hawaii, escribiendo crónicas del viaje; y al año siguiente, *The Daily Morning*, de San Francisco, le sufragó un viaje por el Mediterráneo hasta Palestina escribiendo artículos sobre tipos, sucesos y lugares. Fruto de ello fue el libro *Los inocentes en el extranjero*, editado en 1869.

Precisamente en este viaje conoció a Charles Langdon, su futuro cuñado. Al parecer, éste le mostró en una conversación el retrato de su hermana Olivia, y su contemplación fue un flechazo para Twain. Tras conocerla en persona y someterla a un contumaz asedio epistolar durante varios meses, logró que la joven, que probablemente había sufrido una tuberculosis pulmonar en su adolescencia y pertenecía a una familia adinerada y antiesclavista, acabara dándole el sí. Se casaron en febrero de 1870 en Elmira, Nueva York, y fueron a vivir a Buffalo, en ese mismo Estado. Allí Twain se hizo con una importante participación en *The Buffalo Newspaper*, donde colaboró con sus artículos y del que fue director. Su espíritu errante se manifestó otra vez, pues en 1871 se marchó con Olivia a Hartford, en el vecino Estado de Connecticut, donde nació su único hijo varón, Langdon, que moriría a los 19 meses de vida (¿de difteria?; ¿por una infección respiratoria contraída una fría tarde tras ser sacado por Twain a pasear poco abrigado?) Y, al igual que le

---

<sup>1</sup> Unidad marina de profundidad equivalente a dos yardas, 1,82 metros.

había ocurrido con la muerte de su hermano Henry, la pérdida del hijo, de la que siempre se responsabilizó, le sumió en el pozo sin fondo de la tristeza.

En Hartford Olivia dio a luz a sus tres hijas (Susy, en 1872; Clara, en 1874, y Jean, en 1880.) Y en esa ciudad Twain escribió desde 1874 hasta 1891 las obras que le hicieron inmortal: *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876), *El príncipe y el mendigo* (1881), *Vida en el Mississippi* (1883), *Aventuras de Huckleberry Finn, camarada de Tom Sawyer* (1884) y *Un yankee en la Corte del Rey Arturo* (1889). Debe recordarse que *Vida en el Mississippi* fue la primera novela escrita a máquina y que Olivia no sólo corregía sus manuscritos, sino que también le aconsejaba sobre qué debía y qué no debía publicar. Así, algunas de sus obras que salieron a la luz bastantes años más tarde, fueron escritas en esos 17 años de vida en Hartford. Aquí, Twain conoció e hizo amistad con Nikola Tesla (1856-1943), físico nacido en Croacia, nacionalizado americano e inventor del transformador de corriente alterna, que le inició en el mundo de los inventos. Además, durante ese período, en 1878 hizo un segundo viaje por Europa, visitando España, Francia, Inglaterra y Alemania, fruto del cual fue el libro *Un vagabundo en el extranjero*, publicado en 1880.

Pero, además de escribir y viajar, Twain, en dos decisiones erróneas arriesgó su economía y la herencia de su esposa al crear ese mismo año la editorial Charles L. Webster & Co., e invirtiendo grandes sumas en el desarrollo de la «máquina Paige», un artefacto que, además de escribir, permitía componer varios textos en una página. La editorial quebró en 1884 y la inversión en el proyecto de la máquina fracasó con el nacimiento de la linotipia en 1894. Estaba arruinado.

Sin embargo, tuvo la fortuna de conocer a Henry H. Rogers, admirador de su obra y directivo de la Standard Oil Co. Su amistad, junto con sus conocimientos financieros (en primer lugar le hizo poner a nombre de Olivia sus derechos de autor para protegerlos de los acreedores), aconsejándole cómo «renegociar» la gran deuda contraída con los bancos (una cantidad que hoy alcanzaría varios millones de dólares) y que aceptara ser su administrador plenipotenciario *gratis et amore*, le evitaron males mayores.

Twain tenía una bien ganada fama como escritor y conferenciante, por lo que, además de publicar *El conde estadounidense* (1892), *Narraciones humorísticas* (1892), *El billete de un millón de libras esterlinas* ((1893), *Tom Sawyer por el mundo* (1894), *Wilson Cabezaloca* (1894), *Recuerdos personales de Juana de Arco* (la obra de la que siempre se sintió más satisfecho; 1896), *Tom Sawyer detective* (1897), *Los sinsabores de la vida humilde* (1900) y varios libros recopilatorios de relatos breves, viajó por EEUU y Europa dando conferencias bien remuneradas. Fueron especialmente recordadas las que pronunció en el Savage Club, de Londres, y en el Concordia Press Club, de Viena. Y, junto a ello, recibió honores, como ver su retrato (abundante cabellera blanca, ojos vivaces, mirada de frente, nariz aguileña, gran mostacho cano de guías caídas), ocupando la portada del número especial de Navidad de 1899 de *The New York World*. En 1900 volvía a esta ciudad con sus deudas saldadas.



Tom Sawyer pescando, imagen tomada de la primera edición (1876) de *The Adventures of Tom Sawyer* (autor desconocido; cortesía de la Library of Congress, Prints and Photographs Division).

No obstante, Twain bien hubiera podido rememorar entonces a Cervantes, porque «la fortuna, de su mal no harta» hizo que su hija Susy, que sufría crisis epilépticas desde la infancia, falleciera con catorce años (¿por meningitis?, ¿por *status* epiléptico?) en 1896; y que Olivia quedara parapléjica a consecuencia de una lesión medular probablemente causada (con la obligada cautela a la hora de asumir un diagnóstico hecho hace más de cien años) por una espondilodiscitis tuberculosa. A pesar de ello, en 1903 hizo con ella un periplo agotador por Sudáfrica, India, Nueva Zelanda y Australia, y en 1904 un nuevo viaje por Europa. Precisamente aquí, en Florencia, falleció su amada esposa, lectora y crítica fundamental de su obra durante siete lustros, lo que le hundió definitivamente en las simas del dolor, el escepticismo y la misantropía.

Y si su obra previa contenía dosis notables de pesimismo y decepción sobre la Humanidad, sus escritos publicados a partir de entonces ya no los disimularon. *Cuento de un perro* (1904), *Resumen del diario de Adán* (1904), *Soliloquio del rey Leopoldo: defensa de su opresión del Congo* (1905), *Oración de guerra* (1905), *Diario de Adán y Eva* (1906), *¿Qué es el hombre?* (1906), *El legado de 30.000 dólares* (1906), *Historia de un caballo* (1907) y *¿Ha muerto Shakespeare?* (1910), son textos sombríos, propios de un hombre lúcido, maduro, culto y pleno de talento, pero sin esperanza.

En sus críticas despellejó la literatura de John Fenimore Cooper, de Jane Austen e incluso de Robert Louis Stevenson. Apoyó el derecho de las mujeres al voto; defendió la abolición de la esclavitud de los negros y habló sin ambages de la semiesclavitud de los chinos en EEUU. Fue crítico hasta la ferocidad con la hipocresía (a la que denominó «conspiración universal de la mentira de la afirmación silenciosa»), la política y el imperialismo; con el cristianismo hasta la herejía, y con las jerarquías sociales, políticas y religiosas hasta la más despiadada inclemencia.

Poco importó que en 1907 fuera nombrado doctor *honoris causa* por la Facultad de Letras de la Universidad de Oxford y que viajara allí para su investidura. Aún tuvo que metabolizar la dura noticia de saber que su querido y benefactor amigo Henry H. Rogers fallecía el 20 de mayo de 1909, y apurar el cáliz del dolor al ver el fin de su hija Jean a los 29 años el día de Navidad de ese mismo año.



Samuel Langhorne Clemens, Mark Twain, entró en la inmortalidad en el mismo instante en que murió de forma súbita, probablemente por un infarto agudo de miocardio, el 21 de abril de 1910 en Redding (Connecticut). Tras un solemne funeral, sobre el que quizá hubiera ironizado en otras circunstancias, en la Iglesia Presbiteriana Old Brick de Nueva York, sus restos fueron depositados en una tumba bajo una lápida de dos «fathoms», doce pies, tal como indicó Clara, la única hija que le sobrevivió, en el Woodlawm Cemetery de Elmira, Nueva York. Allí reposan desde hace un siglo.

Algunas de sus obras, «bloqueadas» desde muy atrás por Olivia, sólo vieron la luz después de su muerte. Así, y nada más como ejemplo, *El forastero misterioso*, en el que un sagaz Satanás desarrolla su visión satírica de la Humanidad, salió de la imprenta en 1916; o *Cartas desde la Tierra*, un ensayo con una crítica corrosiva del Creador, no fue editado hasta 1962.

Esté donde esté su errante, contradictorio, libre y dolorido espíritu, tal vez le guste releer en un momento de asueto bajo la sombra amable de un árbol, lo que escribió su contemporáneo James Russell Lowell, (1819-1891), director de *The Atlantic Monthly*, sobre el relato que le llevó a la fama allá por 1865: «*Jim Smiley and his jumping frog* es la mejor pieza de literatura humorística de los EEUU»; o saber que bastante después William Faulkner (1867-1962) afirmó que «Mark Twain es el padre de la literatura norteamericana»; y que Ernest Hemingway (1898-1961), en *Las verdes colinas de África* (1935) escribió: «Toda la literatura norteamericana moderna viene de un libro de Mark Twain titulado *Aventuras de Huckleberry Finn*. Si lo lees, detente justo cuando el negro Jim es separado de los chicos. Ése es el verdadero final. El resto sólo es un engaño. Pero es el mejor libro que tenemos. Toda la literatura norteamericana empieza con él. No había nada antes. No hay nada tan bueno después».